

①

CAPÍTULO DÉCIMO SÉPTIMO

al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorisimos coloquios, sin que yo la viese ni supiese por dónde venía vino una mano pegada a algún brazo de algún descomunal gigante y asentome una puñalada en las quijadas, tal que las tengo todas bañadas en sangre; y después me molió de tal suerte, que estoy peor que ayer cuando los arrieros, que por demasiadas de Rocinante nos hicieron el agravio que sabes. Por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura de esta doncella le debe de guardar algún encantado moro, y no debe de ser para mí.

-Ni para mí tampoco- respondió Sancho; porque más de cuatrocientos moros me han aporreado a mí, de manera que el señotimiento de las estacas fue tortas y pan pintado. Pero dígame, señor, cómo llama a esta buena y rara aventura, habiendo quedado de ella cual quedamos. Aun vuestra merced, meros mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura que he dicho; pero yo díqué tuve sino los mayores porrazos que pienso recibir en toda mi vida? ¡Desdichado de mí y

2

CAPÍTULO DÉCIMO SÉPTIMO

de la madre que me parió, que ni soy Caballero andante ni lo pienso ser jamás, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte!

- Luego ¿también estás tú aporreado? - respondió don Quijote.

- ¿No le he dicho que sí, pesa a mi linaje?

- dijo Sancho.

- No tengas pena, amigo - dijo don Quijote -, que yo haré ahora el bálsamo precioso, con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos. Acabó en esto de encender el candil el cuadrillero y entró a ver el que pensaba que era nuestro; y así como le vio entrar Sancho, viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza y candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó a su amo:

- Señor, ¿si será éste, a dicha, el moro encantado, que nos vuelve a castigar, si se dejó algo en el tintero?

- No puede ser el moro - respondió don Quijote -, porque los encantados no se dejan ver de nadie.

CAPÍTULO DÉCIMO SÉPTIMO

- Si no se dejan ver, déjense sentir - dijo Sancho -; si no, déjame las espaldas.

- También lo podrían decir las mizas - respondió don Quijote -, pero no es bastante indicio ése para creer que este que se ve sea el encantado moro.

Llegó el cuadrillero y, como los halló hablando en tan socorrida conversación, quedó suspeso. Bien es verdad que aún don Quijote se estaba boca arriba sin poderse mover, de puro loco y embobado. Llegóse a él el cuadrillero y díjole:

- Pues ¿cómo va, buen hombre?

- Hablaré yo más bien crizado - respondió don Quijote -, si fuere que vos... Usase en esta tierra hablar de esa suerte a los caballeros andantes, ¿maldades?

El cuadrillero, que se vio tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y, alzando el candil con todo su aceite, dió a don Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien descalabrado; y como todo quedó a oscuras, salióse luego, y Sancho Panza dijo:

- Sin duda, señor, que éste es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros sólo guarde las puñaladas y los candibazos.

- Así es - respondió don Quijote -, y no hay que hacer caso de estas cosas de encantamientos, ni hay para qué tomar cólera ni enojo con ellas, que, como son invisibles y fantásticas, no

④

CAPÍTULO DÉCIMO SÉPTIMO

hallaremos de quién vengamos, aunque más lo procuremos. Levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide de esta fortaleza y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero para hacer el salubífero bálsamo; que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta Jantasma me ha dado. Levantose Sancho con harto dolor de sus huesos y fue a escuras donde estaba el ventero; y encontrándose con el cradrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dijo:

- Señor, quienquiera que seáis, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama malherido por las manos del encantado moro que está en esta venta.

Cuando el cradrillero tal oyó, tóvole por hombre Jalto de seso; y, porque ya

CAPÍTULO DÉCIMO SÉPTIMO

comenzaba a amanecer, abrió la puerta de la ventana y, llamando al ventero, le dijo lo que aquel buen hombre quería. El ventero le proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó a Don Quijote, que estaba con las manos en la cabeza, quejándose del dolor del cordillazo, que no le había hecho más mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta.

En resolución, él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto, mezclándolos todos y cocinándolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echarlo, y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponerlo en una alcuza o aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donación, y luego dijo sobre la alcuza más de ochenta paternostres y otras tantas avemarías, salves y credos, y a cada palabra acompañaba una cruz, a modo de bendición; a todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero y cuadrillero, que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos.

Hecho esto, quiso él mismo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se

6

CAPÍTULO DÉCIMO SÉPTIMO

imaginaba, y, así, se bebió, de lo que no pudo caber en la alcuza y quedaba en la olla donde se había cocido, casi media azumbre; y apenas lo acabó de beber, cuando comenzó a comer, de manera que no le quedó cosa en el estómago; y con las ansias y agitación del vómito le dio un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejasen solo. Hicieronlo así y quedándose dormido más de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por sano y verdaderamente creyó que había acertado con el bálsamo de Fierabrás y que con aquel remedio podía cometer desde allí adelante sin temor alguno cualesquiera ruinas, batallas y pendencias, por peligrosas que fuesen.

Sancho Panza, que también tuvo a milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese a él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concediendoselo don Quijote, y él, tomándola a dos manos, con buena fe y mejor talante se la echó a pechos y envasó bien poco menos que su amo. Es, pues, el caso

CAPÍTULO DÉCIMO SÉPTIMO

que el estómago del pobre Sancho no debía de ser tan delicado como el de su amo, y, así, primero que vomitase le dieron tantas ansias y bascas, con tantas trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora; y viéndose tan afligido y congojado, maldecía el bálsamo y al ladrón que se lo había dado. Viéndole así Don Quijote le dijo:

-Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser arriado caballero, porque tengo para mí que este licor no debe de aprovecharse a los que no lo son.

-Si eso sabía vuestra merced -replicó Sancho-, ¡mal haya yo y toda mi parentela!, ¿para qué consintió que lo gustase?

En esto hizo su operación el brebaje y comenzó el pobre escudero a desaguarse por entrambas canales, con tanta prisa, que la estera de enea sobre quien se había vuelto a echar, ni la manta de anejo con que se cubría, fueron más de provecho. Sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida. Duró esta borrasca y mala andanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan moído y quebrantado, que no se podía tener.

Pero don Quijote, que, como se ha dicho, se sintió

(8)

CAPÍTULO DÉCIMO SÉPTIMO

aliviado y sano, quiso partirse luego a buscar aventuras, parecióle que todo el tiempo que allí se tardaba era quitarse al mundo y a los en él menesterosos de su favor y amparo, y más, con la seguridad y confianza que llevaba en su hábramo. Y así, forzado de este deseo, él mismo ensilló a Rocinante y enbaldó al jumento de su escudero, a quien también ayudó a vestir y a subir en el asno. Púsose luego a caballo y, llegándose a un rincón de la venta, asió de un lanzón que allí estaba, para que le sirviese de lanza.

Estábanle mirando todos cuantos había en la venta, que pasaban de más de veinte personas; mirábase también la hija del ventero, y él también no quitaba los ojos de ella, y de cuando en cuando arrojaba un suspiro, que parecía que le arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban que debía ser del dolor que sentía en las costillas - a lo menos pensábanlo aquellos que la noche antes le habían visto bismar.

Ya que estuvieran los dos a caballo, puesto a la puerta de la venta, llamó al ventero y con voz muy reposada y grave le dijo:

— Mucho y muy grandes son las mercedes,

CAPÍTULO DÉCIMO SÉPTIMO

Señor alcaide, que en este vuestro Castillo he recibido, y quedo obligadísimo a agradeceroslas todos los días de mi vida. Si os los puedo pagar en haceros vengado de algún soberbio que os haya hecho algún agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer a los que poco pueden y vengar a los que reciben hurtos y castigar alevosías. Recorred vuestra memoria, y si habláis alguna cosa de este juez que encomendarme, no hay sino decirlo, que yo os prometo por la orden de Caballero que recibí de Jaceros satisfecho y pagado a toda vuestra voluntad.

El ventero le respondió con el mismo sosiego:

— Señor Caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece, cuando se me hacen. Solo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus bestias como de la cena y camas.

— Luego ¿venta es ésta? — replicó don Quijote.

— Y muy honrada — respondió el ventero.

— Engañado he vivido hasta aquí — respondió don Quijote, — que en verdad que pensé que era Castillo, y no malo; pero pues es así que no es Castillo, sino Venta, lo que se podrá hacer por ahora haya leído es que perdonéis por la paga, que yo no puedo contravenir a la orden de los Caballeros andantes,

CAPÍTULO DÉCIMO SEPTIMO

de los cuales se cierto, sin que hasta ahora haya leído cosa en contrario, que jamás pagaron por nada ni otra cosa en venta donde estuviesen, porque se les debe de juro y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de día, en invierno y en verano, a pie y a caballo, con sed y con hambre, con calor y con frío, sujetos a todas las inclemencias del cielo y a todos los incómodos de la tierra.

- Poco tengo yo que ver en eso - respondió el ventero - porqueseme lo que se me debe y dejémonos de cuentos ni de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda.

- Vos sois un zurdio y mal hostalero - respondió don Quijote. Y poniendo piernas a Rocinante y terciando su lanza de solio de la venta sin que nadie le detuviese, y él, sin mirar si le seguía su escudero, se alborzó un buen trecho.

El ventero, que le vio ir y que no le pagaba, oyó decir a colman de Sancho Panza, el cual dijo que pues su señor no había querido pagar, que tampoco él pagaría, porque, viendo él escudero de caballero andante como era, la misma regla y razón corría para él como para su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amolinose mucho de esto el ventero y amenazándole que si no le pagaba, que lo cobraba

CAPÍTULO DÉCIMO SÉPTIMO

de modo que le pesase. A lo cual Sancho respondió que, por la ley de caballería que su amo había recibido, no pagaría un solo cornado, aunque le costase la vida, porque no había de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habían de quejar de él los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero.

Quiso la mala suerte del desdichado Sancho que entre la gente que estaba en la venta se hallasen cuatro percales de Segovia, tres agujeros del Potro de Córdoba y dos vecinos de la Heria de Sevilla, gente alegre, bienintencionada, maleante y juguetona, los cuales, casi como instigados y movidos de un mismo espíritu, se llegaron a Sancho, y, apeñándole del astio, uno de ellos entró por la manta de la cama del huésped, y, echándole en ella, alzaron los ojos y vieron que el techo era algo más bajo de lo que habían menester para su obra y determinaron salirse al corral, que tenía por límite el cielo; y allí, puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron a levantarle en alto y a holgarse con él como con perro por carnestolendas. Las voces que el mísero manteado daba fueron tantas,

que llegaron a los oídos de su amo, el cual, deteniéndose a escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venía, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero; y, volviendo a las riendas, con un penado galope llegó a la venta, y, hallándola cerrada, la rodeó por ver si hallaba por donde entrar; pero no hubo llegado a las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vio el mal juego que se le hacía a su escudero. Vióle bajar y subir por el aire con tanta gana y presteza, que, si la cólera le dejara, tengo para mí que se riera. Probó a subir desde el caballo a las bardas, pero estaba tan molido y quebrantado, que aun apearse no pudo, y, así, desde encima del caballo comenzó a decir tantos denueros y baldones a los que a Sancho dejaba manteaban, que no es posible acertar a escribillos; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas, mezcladas, ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó, hasta que de puro cansados le dejaron. Trujéronle allí su asno y, subiéndole encima, le arroparon con su gabán; y la compasiva de Maritornes, viéndole tan fatigado, le pareció bien socorrerle con un Jarro de agua, y, así, se le trujo del pozo, por ser más frío. Tomóle Sancho y, llevándole a la boca, se paró a las voces que su amo le daba, diciendo: -Hijo Sancho, no bebas agua; hijo, no la bebas, que te matará. ¿Yes? Aquí tengo el sortísimo bálsamo - y enseñábase la

CAPÍTULO DÉCIMO SÉPTIMO

alcuza del brebaje —, que con dos gotas que de él bebas sanarás sin duda.

† A estas voces volvió Sancho los ojos, como de través, y dijo con otras mayores:

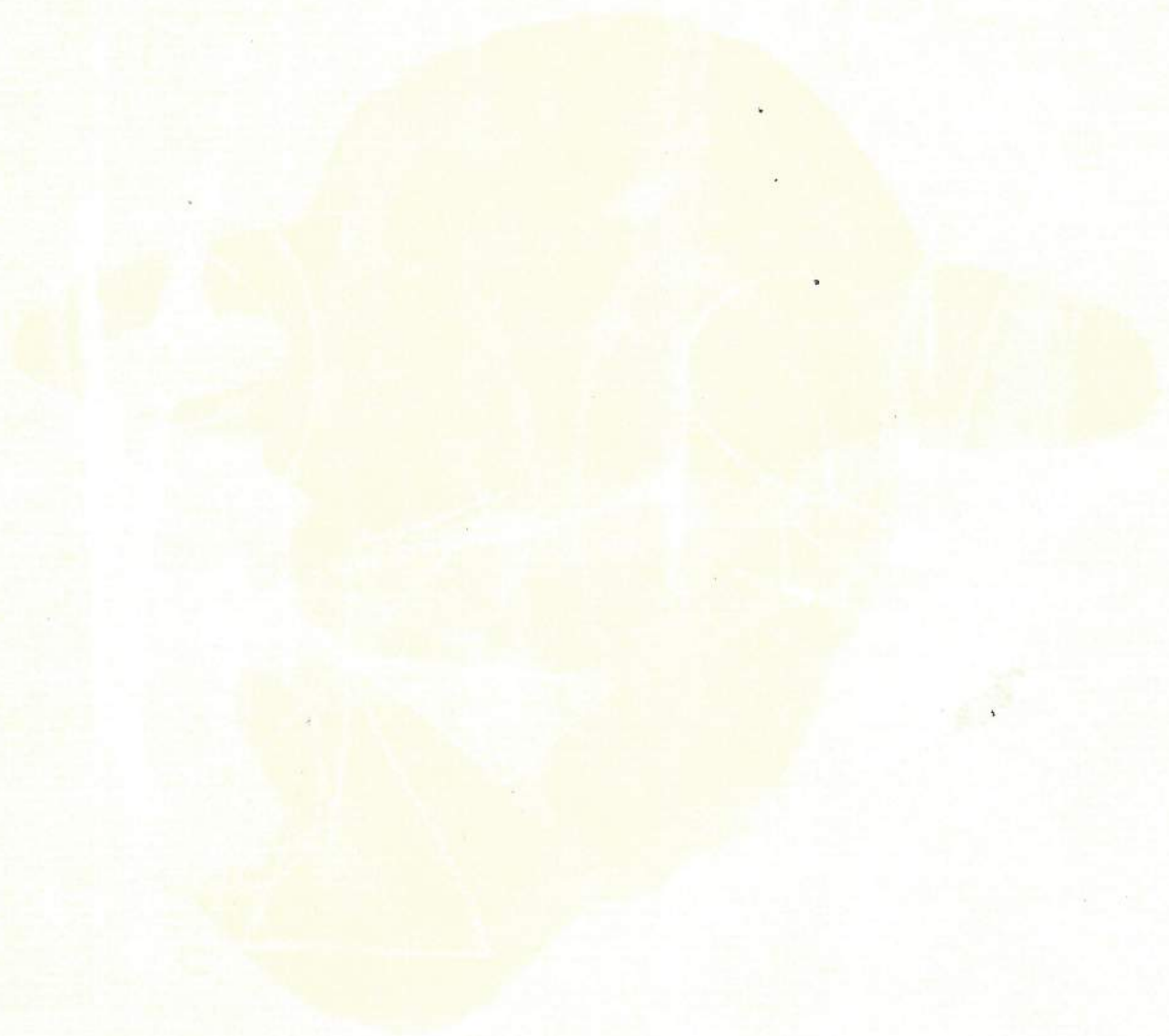
— ¿Por dicha hásele olvidado a vuestra merced como yo no soy caballero, o quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos, y déjeme a mí.

Y el acabar de decir esto y el comenzar a beber todo fue uno; mas como al primer trago vio que era agua, no quiso pasar adelante y rogó a Maritornes que se le trujese de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mismo dinero: porque, en efecto, se dice de ella que, aunque estaba en aquel trato, tenía unas sombras y lejos de cristiana.

Así como bebió Sancho, dio de los carcaños a su asno y, abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió de ella, muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intención, aunque había sido a costa de sus acostumbrados fiadores,

CAPÍTULO DÉCIMO SÉPTIMO

que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas, en pago de lo que se le debía; mas Sancho no las echó menos, según salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta así como le vio fuera, mas no lo consintieron los manteadores, que era gente que, aunque don Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran en dos ardites.



aquí, ilustración

Diogo 14

